

ENSEÑANZA SUPERIOR

CONFERENCIA GENERAL

POR D. TOMÁS DE ELORRIETA

Catedrático de la Universidad de Murcia



SUMARIO : I La Universidad Vasca ante la crisis espiritual del mundo.— II La Universidad y el espíritu vasco .— III La Universidad y la educación de la juventud.— IV La Universidad y el movimiento industrial.— V La Universidad del Trabajo. -VI La Universidad, institución de paz.— VII Organización de la Universidad.— VIII La leyenda del Monasterio de Leire.

El segundo Congreso de Estudios Vascos realiza sus trabajos en uno de los períodos más críticos para la vida del espíritu de la humanidad,

La guerra europea con el espectáculo sangriento de sus violencias que han matado en flor las ilusiones pacifistas de los espíritus más generosos, con la desesperación que ha producido en los pueblos vencidos, con la decepción y el desengaño que ha ocasionado en los pueblos vencedores, con el derrumbamiento a que ha dado lugar de instituciones apoyadas sobre columnas de siglos, y con el advenimiento a que ha contribuido de doctrinas que atacan en sus cimientos fundamentales a la sociedad presente, ha sido causa de que reine en el mundo una verdadera anarquía mental colectiva.

Por tal orden de cosas, si dirigimos una mirada de conjunto al estado espiritual de la humanidad en el momento presente, la primera impresión que experimentamos es que domina en todos los países una gran incertidumbre sobre el rumbo que deben seguir en la historia, y que la mayor parte de los pueblos navega sin estabilidad alguna, por carecer de defensas contra todo lo que se presente con cierta fuerza y audacia, y que la mayor parte de los individuos es juguete de sus pasiones y caprichos por no tener principios que ordenen su anarquía interna.

¿Quién de todos los que me dispensan el honor de escucharme, al recibir por la mañana la prensa diaria, no sufre una cierta inquietud que puede formularse en la siguiente interrogación? ¿De qué catástrofe política o social tendremos hoy noticia? Porque en la situación en que se encuentra nuestro espíritu todo nos parece posible.

Ante tales hechos, ofreciéndose a los pueblos con igual prestigio, o mejor dicho con igual falta de prestigio las ideas más opuestas, siendo por ello tan fácil seguir los caminos de la muerte pensando que se toman las sendas de la vida, podemos repetir hoy con gran oportunidad esta frase que hace más de medio siglo dijo don Antonio Ríos y Rosas: «comprender o morir es la suerte de los pueblos en nuestra época» (1).

Un presentimiento sublime ha despertado en el pueblo vasco la idea de la gravedad del momento actual y a impulsos de esa idea se ha impuesto a la crisis reinante, presentándose a los ojos del mundo como una excepción por la serenidad que reina en todo el

(1) Discursos de apertura de curso de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia.

país, la moderación de sentimientos de que dan ejemplo todos sus elementos sociales, la firmeza con que se une a los ideales que han constituido la esencia de su vida en su larga historia.

Así, mientras en la mayor parte de Europa y muy especialmente en el resto de España, las luchas económicas han alcanzado una terrible acritud acompañada de atentados y represalias que perturban la vida social y manchan la dignidad del país, se desenvuelven en cambio dentro de nuestra tierra en un ambiente de relativa moderación digno del mayor elogio; y expreso esta idea con la mirada fija en los conflictos sociales que actualmente se desarrollan en Bilbao; mientras en una gran parte del mundo obrero, se extiende una ola de pereza, usando la frase de Mr. Lloyd George, la industria vasca alcanza el grado más brillante de su florecimiento; y mientras la mayoría de los pueblos ven envueltos sus destinos en la más penosa incertidumbre el pueblo vasco los contempla en las aguas de su tradición, aguas vivas como aquellas que no conocía la samaritana del pozo, que refrescan el espíritu y le dan nuevo vigor para conquistar en el porvenir mayor nobleza de ideales y mayor prosperidad material. Estos sentimientos que animan a nuestro país han alcanzado su más alta expresión en la aspiración formulada por el Congreso de Estudios, de establecer una Universidad Vasca, porque esta Universidad no sería un centro burócrata más, una nueva fábrica de licenciados y doctores. No. Los ilustres congresistas que de ella han hablado han expresado ideas muy altas que yo voy a tratar de concretar en las siguientes proposiciones, cuyo desenvolvimiento es el objeto principal de esta conferencia final sobre la enseñanza superior:

Queremos la Universidad para fortalecer y perpetuar la vida del espíritu vasco.

Queremos la Universidad para educar a nuestra juventud.

Queremos la Universidad para elevar el nivel intelectual y moral del pueblo y para que sus investigaciones científicas íntimamente relacionadas con la vida del país, sirvan de base al desenvolvimiento de las industrias actuales y abran nuevos campos de acción al capital y al trabajo vasco.

Queremos la Universidad para cumplir el deber moral social de proporcionar al obrero los conocimientos técnicos necesarios para que aumente el rendimiento de su trabajo y la cultura general precisa para cumplir la función pública que en la organización política actual le corresponde.

Queremos la Universidad para que se establezca en el país una institución de paz que elevándose sobre los apasionamientos y prejuicios engendrados al calor de las luchas sociales y políticas candentes, pueda realizar la obra de concordia necesaria para que se desarrolle regularmente su vida colectiva.

Y queremos la Universidad porque su labor inspirada en los sentimientos expresados, sería el mejor tributo de amor que el pueblo vasco podría ofrecer a la gloria de España.

II

La Universidad y el espíritu vasco

Queremos la Universidad en, primer término, para fortalecer y perpetuar la vida del espíritu vasco, porque aparte del afecto natural que profesamos a nuestro país, tenemos la convicción de que el desenvolvimiento espiritual de la humanidad sólo puede lograrse mediante el desenvolvimiento espiritual de cada individuo y el desenvolvimiento espiritual de cada pueblo.

No he de negar yo que esta idea es objeto de críticas muy acerbadas en el mundo intelectual y que muchos ilustres escritores que aspiran a dirigir la cultura moderna la com-

baten resueltamente, sosteniendo que el ideal de la fraternidad y la libertad humanos sólo podrá realizarse cuando desaparezcan los sentimientos particulares de cada pueblo y fundiéndose todos en un sentimiento común, se desentiendan de tal modo de su pasado, que pueda repetirse en todas partes la sentencia del poeta clásico: «Dichosos los pueblos que no tienen historia» (1).

Cuando escribía Brunetière, ¡qué ingratitud y qué blasfemia encierra esa sentencia! «Sin duda alguna serían dichosos los pueblos sin historia, si no tuviéramos otro destino que hacer número en la oscura multitud, si nuestro ideal se limitara a vegetar como una planta en el lugar en que hubiésemos nacido; si pusiéramos nuestra felicidad en la inercia; si hiciéramos de nuestro egoísmo una prisión confortable. Mas al contrario, si tener una historia es haber vivido realmente, si es haber experimentado tantos dolores como alegrías, si es poder revivir en la imaginación, o mejor dicho, sentir como correr por las venas la memoria fluída de todo un glorioso pasado, ¡oh, entonces, señores, bien lejos de envidiar, compadezcamos a los pueblos que no tienen historia! y no nos asombremos de que la idea de patria, falta en ellos de su fundamento más sólido, carezca también de extensión, fuerza y generosidad» (2).

Cada pueblo representa en la historia una de las notas que forman el concierto ideal de la civilización, una de las fuerzas que impulsan la vida progresiva del mundo. Y por ello la anulación del espíritu de un pueblo implica una pérdida dolorosa e irreparable para la humanidad. Es un centro de civilización que desaparece. Es un sentimiento vital que se apaga. Es una fuerza espiritual productora de arte, ciencia, industria, que se extingue.

Mr. Jaurés, que consagró su vida a la defensa del ideal de la fraternidad humana, escribió estas palabras, que confirman lo que vengo diciendo: «Destrozar los pueblos sería derribar focos de luz y no dejar subsistir más que vagos resplandores dispersos de nebulosa. Sería también suprimir los centros de acción distinta y rápida, para no dejar subsistir más que la incoherente lentitud del esfuerzo universal. Y sobre todo, sería suprimir toda libertad, porque la humanidad no condensando más su acción en pueblos autónomos, pediría la unidad a un vasto despotismo asiático» (3).

El ilustre profesor norteamericano Mr. Burgers, se expresa en igual sentido cuando dice «que adelantamos colectivamente de igual manera que individualmente a favor del contacto, del antagonismo y de la competencia. El Imperio Universal, aniquilaría todo esto en su reinado universal de la paz, que en fin de cuentas significaría estancamiento y despotismo» (4).

La humanidad es algo lejano, vago, ante cuya inmensidad nos perdemos. El país natal es algo que nos envuelve, que vemos, sentimos y tocamos. Y la mejor manera en que el hombre pueda testimoniar su amor a la humanidad, no será la de diluir sus fuerzas ineficazmente en una vasta esfera en la que se pierde su acción, sino la de concentrarlas en los pueblos y en las unidades nacionales superiores de que forme parte.

También se ha combatido la aspiración a mantener vivo el espíritu personal de cada pueblo, en nombre de la idea del progreso, suponiendo que el culto de la tradición es incompatible con el desenvolvimiento regular de un país.

El culto al espíritu de un país sería un obstáculo para su vida si significara la inmutabilidad de las instituciones pasadas, el mantenimiento de las ideas antiguas. Estoy muy lejos de tal idea al pedir la perpetuación del espíritu vasco, porque no me olvido de que el episodio bíblico de la mujer de Lot, que por mirar atrás se convirtió en estatua de sal de

(1) H. Barbusse.— Clarté.

(2) F. Brunetière. *L'idée de patrie*.

(3) J. Jaurés.— *Discours politiques*.

(4) J. Burgers.— *Ciencia Política y Derecho Constitucional*.

piedra, tiene una alta significación simbólica. Todos los pueblos que en efecto vuelven la espalda al porvenir, para mirar solo al pasado, acaban por petrificarse.

Es natural que las instituciones de los pueblos varíen al compás de la marcha del tiempo. Pero siempre quedan ciertos rasgos y ciertos sentimientos comunes, ciertas corrientes espirituales, ciertos pensamientos, aceptando la distinción que el señor Unamuno establece entre el pensamiento y la idea, y ciertas virtudes que forman el patrimonio moral de un pueblo. Y ese patrimonio moral es el espíritu, es la tradición de un pueblo. A ello aludía Taine cuando hablaba del ser que cambia de concha, y en ello pensaba Disraeli cuando decía que, aunque las circunstancias modernas exigen nuevas instrucciones para que estas marchen bien necesitan ser impulsadas por la misma fuerza motriz que animó a los pueblos en sus períodos de gloria.

«Cada pueblo, escribe Maurice Barrés, exhala un ideal particular, no un credo positivo; irradia un sentimiento amplio que se modifica con él y que constituye, mientras el pueblo vive, su verdad. El nombre de un pueblo es algo más que una noción verbal; es una palabra bajo la cual se ve una realidad, una serie de hechos históricos, de recursos acumulados y una dirección impuesta a nuestros movimientos con la mira puesta en ciertas acciones favorables a los individuos y a la supervivencia de la colectividad» (1).

Hay en el vasco una palabra que yo la he oído por primera vez en San Miguel de Excelsis, que expresa con clara exactitud esta idea: *Otsadagoa; voz de siempre*.

Hé ahí por qué se pueden combatir las instituciones, no ya del pasado, sino aún del presente, sin dejar de defender la integridad del espíritu tradicional de un Pueblo, siempre que se reconozca la necesidad de que subsistan las virtudes y cualidades que constituyan su personalidad histórica, siempre que se atienda a la *voz de siempre* del pueblo. El progreso moderno ha transformado los antiguos molinos de muela en las modernas turbinas; pero si las aguas que movían las viejas aceñas no corren, no podrán funcionar las nuevas máquinas. ¡Esas aguas y no los molinos forman el espíritu del pueblo! Y este es el sentido en que se debe interpretar aquel himno espartano considerado como cifra del amor a un pueblo: «nosotros somos lo que vosotros fuisteis; nosotros seremos lo que vosotros sois».

Además, el robustecimiento del espíritu particular de cada pueblo puede dar un medio para suavizar sus luchas internas, ordenando hacia un fin común a las fuerzas contendientes.

Mazzini decía con razón a los que trataban de supeditar todas las cuestiones a la resolución de los problemas económicos, que mientras no se robustezca el espíritu de un pueblo, no puede éste tener las energías morales y materiales necesarias para dominar sus problemas áridos. Y es que una cuestión grave que divida a un país sólo puede resolverse normalmente, sin acudir al terreno de las violencias, cuando las partes contendientes se hallen unidas por el amor a un ideal superior común. Bien claro es el testimonio que nos ofrecen los pueblos de vigoroso espíritu colectivo, porque en ellos, aunque más graves parecen las contiendas sociales, el sentimiento común de amor al país encuentra una solución que armoniza los intereses encontrados.

Y por último, queremos mantener vivo el culto al espíritu de este país, porque precisamente toda la tradición vasca es un himno de exaltación de los sentimientos de libertad y fraternidad cristiana en cuyo nombre se quiere combatirla.

No hay período alguno de la historia en que los vascos no hayan ofrecido al mundo el testimonio de su amor a ambos ideales.

Defendieron la autonomía de los pueblos frente al imperialismo uniformista de Roma; exaltaron la libertad humana impidiendo el establecimiento de la servidumbre del feudalismo; proclamaron la dignidad del trabajo declarando la nobleza de todas las profesiones,

(1) N. Barrés. *L'appel au soldat*. Cap. 1.º

cuando en el mundo se consideraba viles a la mayor parte de los oficios; mantuvieron incólume su organización democrática en toda la época en que el absolutismo había ahogado las libertades políticas en Europa; y han merecido la gloria por la constancia de su tradición democrática, de que el árbol de Guernica, símbolo de las libertades vascas, sea considerado en el orbe entero como símbolo también del sentimiento de toda libertad.

Al mismo tiempo, se opusieron siempre los vascos a la esclavitud, prefiriendo la muerte a la servidumbre; aceptaron con entusiasmo el cristianismo en cuanto escucharon las predicaciones evangélicas sin ninguna lucha, sin que hubiese ningún mártir en su propaganda, porque sus ideales de fraternidad humana respondían a los anhelos más íntimos de nuestra raza; extendieron la civilización por el mundo figurando con gran relieve en los descubrimientos que han proporcionado la mayor gloria a España; defendieron la igualdad de razas cuando se trató de establecer en América una nueva forma de servidumbre; y han ofrecido al sentimiento de humanidad ese homenaje espléndido que representan los nombres de los vascos que han subido a los altares por predicar las ideas cristianas a tantas tribus que vivían en la barbarie, y muy especialmente el nombre del glorioso patrón de este reino, San Francisco Xavier, que murió mártir por el amor que profesó a pueblos lejanos que no tenían con él otros vínculos de unión que los de ser simplemente miembros del género humano.

Por todo lo expuesto podemos decir, que al pedir la Universidad para perpetuar la existencia del espíritu vasco, lejos de esquivar los problemas planteados por la vida de las unidades nacionales superiores y por la organización incipiente de la humanidad, aspiramos a dominar las contradicciones que aparentemente entrañan esos problemas, pues en primer termino el vigor personal de los países pequeños enriquece el sentimiento de las unidades superiores con nuevas manifestaciones, y acerca el advenimiento de la organización libre y democrática del mundo civilizado; y además al defender concretamente el espíritu vasco, defendemos al mismo tiempo, por la amplitud de sentimientos que abraza en su duelo, las glorias más nobles de España y los sentimientos más puros de la humanidad.

III

La Universidad y la educación de la juventud

Después de la interesante conferencia en que nuestro querido secretario, y alma de este Congreso, don Angel de Apraiz, ha expuesto con todo lujo de datos la forma en que las principales Universidades extranjeras cumplen su función educadora de la juventud, yo debía limitarme, al referirme a esta materia, a aplaudir las palabras de mi fraternal compañero y aceptar sus conclusiones. Pero son tan graves los males que sufre nuestra juventud, como consecuencia de la inhibición de las Universidades en el problema de su educación moral, y es tal la indiferencia con que la sociedad mira esos hechos, que estimo imprescindible insistir sobre esa cuestión, aún a trueque de molestaros repitiéndoos conceptos que han sido ya tratados.

Yo me dirijo a todos los hombres de título universitario que me escuchan, y les pregunto si es cierto que al recordar su vida de estudiante, esa vida tan alabada por gentes que no la conocen, se llena su espíritu, no diré de horror, como ha escrito un ilustre maestro, pero sí de vergüenza.

Y las cosas, lejos de ir arreglándose, se empeoran cada vez más, porque a consecuencia de esa lenidad criminal que ponen los poderes públicos en la persecución de los vicios sociales, el estudiante, al emanciparse de la tutela ingénua de su madre para cursar una

carrera y marcharse a la ciudad universitaria, se encuentra al llegar a ella en esa edad crítica de su vida física y moral, en que todo lo prohibido se presenta a sus ojos rodeado de tales atractivos, con que la sociedad le ofrece como gimnasios morales en los que pueda templar su espíritu: una taberna en cada cantón, una casa de juego en cada calle, un burdel en cada barrio.

La vida universitaria se pinta siempre en la literatura con colores dorados, y realmente son grandes los encantos de esa época en que el joven goza por primera vez de la libertad, en que emancipado de los reglamentos estrechos del colegio de segunda enseñanza y alejado de la vigilancia de la familia, puede regular su vida exterior según su propia voluntad, puede escoger sus camaradas y el ambiente que haya de rodearle, y puede moverse con completa autonomía, teniendo por juez inmediato de sus actos a su conciencia.

Desgraciadamente en España, no son siempre los colores dorados los que mejor corresponden a la vida universitaria! Las memorias de un estudiante tienen, sí, el encanto que da la juventud a todo lo que ella ilumina. Pero a causa del abandono en que se deja la educación moral de los escolares y de la corrupción social que domina en nuestras grandes ciudades, con la tolerancia, cuando no con el estímulo de las autoridades, la libertad de que disfruta el estudiante, sólo puede ejercitarse por presión del ambiente con triste frecuencia, para escoger entre diversos vicios, entre los vicios precoces, que son los vicios peores por sus consecuencias que se reflejan en la salud y en el carácter del hombre durante toda su vida.

El Secretario de una de nuestras Universidades, me contaba exasperado por la indignación, el gran número de estudiantes que este año pasado se habían jugado el dinero de sus matrículas; y un librero de lance me decía que estos dos últimos años en que tal tolerancia habían dispensado las autoridades a los diversos vicios sociales, había bajado el precio de los libros de texto, por la gran cantidad de ellos que le ofrecían en venta los alumnos. ¡Y este curso pasado hemos tenido que lamentar en España, varios suicidios de estudiantes, pobres jóvenes que donde debieron encontrar la paz del alma hallaron el deshonor, la vergüenza, la desesperación, y finalmente, la muerte! ¿Habrá quien se sorprenda, después de oír estos hechos, de la falta de ideales, del materialismo creciente, de nuestras generaciones juveniles? ¿Qué idealismo puede brotar en un ambiente tan exento de espiritualidad, tan saturado de las más bajas tentaciones?

Claro está que hay muchos jóvenes cuya nobleza de sentimientos triunfa de todas esas pruebas, y hasta en algunas ocasiones se depura en ellas. ¡Pero cuántos son los que caen! ¡Cuántos los que no se levantan!

Lo triste del caso es que las Universidades actuales no pueden remediar esos males, porque carecen de atribuciones para inspeccionar la vida de sus alumnos, y de recursos económicos para organizar instituciones que contribuyan al vigor de su personalidad.

Y para librar a nuestra juventud de esos peligros y atender a su educación física y moral, queremos una universidad propia, en cuyo fuero constitucional se concedan atribuciones a las autoridades académicas para inspeccionar la vida de los jóvenes escolares, y se les otorguen los recursos económicos necesarios para la organización de centros deportivos, sociedades de excursiones, residencias de estudiantes, asociaciones artísticas y todas las demás instituciones que pueden contribuir a que el hombre adquiera fortaleza en el cuerpo y serenidad en el espíritu.

IV

La Universidad y el movimiento industrial vasco

El ilustre catedrático señor Aranzadi, en su conferencia tan profunda como amena, sobre «los diversos fines a que debe tender la Universidad Vasca», al estudiar la Universi-

dad profesional y las instituciones de investigación científica, esbozó el problema de la unión que debe existir entre la labor universitaria y la vida industrial. Y yo quisiera dedicar algunas palabras a dicho problema, porque estimo que una de las bases fundamentales del desenvolvimiento de nuestra futura Universidad, debe ser la compenetración íntima en que viva con el movimiento industrial del país.

No se me ocultan las dificultades que en el momento presente se oponen a la unión que yo busco entre la Universidad y la industria, pues no ignoro que en el mundo industrial, lo mismo en las clases plutocráticas que en los obreros reina una gran indiferencia, si es que no un gran menosprecio por las investigaciones puras del espíritu.

No sé yo si la causa de esa indiferencia es como dicen algunos sabios, la miopía espiritual de una buena parte de los industriales y obreros, que atentos solo a los beneficios inmediatos de los negocios, no ven las aplicaciones que pueden tener en el porvenir, y muy especialmente en las industrias químicas, físicas y mecánicas, y en general, en la explotación de las fuerzas naturales para el provecho del hombre, los estudios de las ciencias puras; o si por el contrario la causa de esa indiferencia está según dicen muchos industriales en que las investigaciones de las ciencias puras se reducen con demasiada frecuencia a la formación de *verdaderas* logomaquias, a la exégesis de opiniones de otros autores o a la resolución de problemas demasiado abstractos, demasiado alejados de la vida.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que hoy existe un verdadero divorcio entre las Universidades y el mundo económico, y que faltos por ello los hombres de ciencia de los auxilios necesarios para sus investigaciones, hay, un serio peligro de que sufra un estancamiento el movimiento científico, con grave detrimento de los intereses de la civilización y de los progresos de la misma industria.

Mr. Daniel Berthelot, haciéndose eco de estos hechos, decía hace justamente un año, en el Instituto de Francia, estas palabras que han causado una gran sensación en toda la esfera intelectual: «Los hombres de nuestra generación habrán sido testigos, por lo menos siento ese temor, del apogeo de la investigación científica. A la hora en que hablo, su decadencia quizás haya comenzado ya.»

Muy recientemente en España, uno de nuestros más distinguidos hombres de ciencia, el Sr. Rey Pastor hacía manifestaciones análogas, y demostraba la sinceridad de sus palabras, abandonando su cátedra de matemáticas para el desempeño de un puesto industrial, por haberse visto privado de los auxilios más indispensables para continuar en sus investigaciones científicas.

Afortunadamente no todos los industriales menosprecian a la ciencia, ni todos los sabios se olvidan de la industria. Y se nota ya un movimiento modesto aún, pero que deja prever su inmediato desenvolvimiento, que tiende a fundir ese hielo que separa a la vida científica y a la economía para que, unidas, se presten mutuo calor y cobren nuevas fuerzas.

Los fundadores de la Universidad de Dantzig han concretado las aspiraciones de ese movimiento en el siguiente lema: «la Universidad debe prestar servicios a la industria allí donde exista, y provocar su nacimiento allí donde no exista todavía.»

La verdadera cuna de ese movimiento es Alemania, porque todo el desenvolvimiento industrial alcanzado por el Imperio y que ha quedado en ruinas con la guerra, se debió principalmente a la unión estrecha en que vivieron la Universidad y la Industria, que dió lugar a que hubiese Universidades que se convirtieron en fábricas, pues nadie ignora que los vidrios zeiss se confeccionan en una Universidad, y a que muchas fábricas se transformarían en Universidades por los laboratorios de investigación científica en ellas establecidos.

Hofmann y Liebig, los grandes propulsores del movimiento industrial moderno alemán, eran al mismo tiempo, hombres de ciencia y hombres de negocio. Y con esa visión completa que le daba de la vida su cultura, decía el primero de ellos, Hofmann: «el

capital, que ha sido el gran agente de la prosperidad de esta comarca, puede mucho; pero dirigido por la ciencia, puede más. Los países que dejan de recurrir a las luces científicas, verán, según las palabras proféticas del ilustre Humboldt, decaer fatalmente su prosperidad a medida que se desenvuelvan y fortifiquen los demás pueblos bajo la influencia vivificante de las artes y las ciencias.»

Era natural que al tratar ahora de levantar su industria arruinada por la guerra, el pueblo alemán acudiera a los mismos principios que fueron base de su anterior florecimiento. Y al efecto trata de hermanar nuevamente el *desenvolvimiento científico* y el industrial por medio de instituciones adecuadas para ese objeto, siendo las más notables entre las fundadas recientemente, la «Sociedad de Investigaciones sobre los Métodos Científicos de Trabajo y Explotación,» de Francfort; el «Instituto de Investigaciones para la Industria Textil, de Chemnitz; el «Instituto para la Navegación Marítima y la Economía Mundial,» de Kiel; la «Sociedad para estimular las Investigaciones Científicas,» con sus institutos sobre carbones, sobre siderurgia, sobre metales, sobre bio-química y sobre tejidos; y las célebres becas de estudios de Liebig (Liebig's Stipendien Verein), sostenidas por las principales industrias alemanas y cuyo objeto es subvencionar a los químicos alemanes para que puedan consagrar a las investigaciones científicas toda su existencia.

Inglaterra, a cuyo espíritu sutil no se escapa ninguno de los factores del progreso de otros pueblos, trata también ahora de estrechar los lazos entre los centros científicos y los industriales, procurando que tengan representación la industria en la universidad y la universidad en la industria.

El Consejo permanente para promover la investigación científica e industrial, creado durante la guerra, tiende al fin indicado. Y de un lado el desenvolvimiento alcanzado recientemente por el Colegio Imperial de Ciencias y Tecnología, por el Laboratorio Nacional de Física y por el Instituto Imperial de Productos Naturales y Manufacturados; y de otra parte los laboratorios de investigación científica establecidos en las principales industrias, son pruebas también expresivas del grado en que se va consolidando el aludido movimiento de unión entre la universidad y la fábrica.

En Francia, a partir del discurso citado de Mr. Berthelot, ha tomado también un gran impulso esa corriente. En una información abierta por *Le Temps* sobre los pesimismo del aludido discurso, han expuesto su opinión muchos hombres eminentes, manifestándose la mayoría de ellos conformes con el ilustre sabio, reconociendo también todos la necesidad de impulsar las investigaciones científicas por una acción conjunta de los poderes públicos las universidades y las industrias.

«Si la ciencia, escribe Mr. Liard, es una y general, no se aplica de igual modo en todas partes. Sólo hay una química, y es la misma ciencia la que se enseña en Burdeos y en Lyon: pero en Burdeos se utilizan sus conocimientos para curar las viñas y elaborar los vinos; y en Lyon para preparar los tintes de los tejidos.»

«Hay que favorecer, dice Mr. Reinach, la colaboración de la ciencia y la industria como en Alemania en la época anterior a la guerra. Así los sabios se dedicaran también a fines eminentemente prácticos, a problemas concretos cuyos resultados repercutirán en la industria; y al mismo tiempo las tesis y las hipótesis ganaran en vida, audacia e ingenio.»

«En nuestra época de actividad febril, escribe Mr. Astier, no se puede dejar a la rutina el cuidado de regular la marcha de las operaciones comerciales e industriales. La ciencia es el factor primordial de todos los progresos; a ella deben los pueblos más adelantados su desenvolvimiento económico.»

Mr. André Cling pide la fundación de laboratorios científicos especiales para cada rama industrial. Mr. Moreau cree necesario que los industriales franceses establezcan becas como las becas alemanas Liebig a que antes he aludido, y Mr. H. Bouquet hace resaltar las aplicaciones industriales que pueden tener las ciencias que al parecer están

más alejadas de la realidad práctica recordando que el helium que dirige globos ha sido descubierto en el espectro por un astrónomo. (I)

Nosotros quisiéramos que la futura Universidad Vasca, cuando llegue a fundarse, se incorpore también a ese movimiento de unión entre la ciencia y la industria, y que de acuerdo industriales y universitarios, la Universidad fuese a la fábrica, o los industriales viniesen a la Universidad, para estudiar en la esfera científica los problemas particulares de cada industria y los problemas generales de toda la vida económica.

Una gran parte de las industrias de nuestro país es tributaria en sus procedimientos, por la pobreza de nuestra vida científica, de los inventos y estudios realizados en el extranjero, viéndose obligada a vivir a remolque de las industrias de otros Estados. Y mientras eso ocurra carecerá de independencia y necesitará la protección del arancel. Debemos por ello tender a que mediante una unión estrecha entre nuestros centros fabriles y nuestros centros científicos alcance nuestra industria un sello original, y se adelante a las industrias de los demás países en el camino de su progreso, por la importancia de los descubrimientos científicos que aquí se realicen y pueda competir así ventajosamente con todas ellas en los mercados del mundo.

V

La Universidad y los obreros

Si hay en la historia pueblos que han enaltecido el sentimiento del trabajo, no hay ninguno que lo haya exaltado más que el pueblo vasco.

Pueblo libre por esencia el nuestro, era natural que fuese amante del trabajo, porque el sentimiento de amor a la libertad y el de amor al trabajo se completan mutuamente y no pueden vivir separados el uno del otro. No es posible que sea libre el pueblo que no sea laborioso, porque el trabajo es el arma más poderosa con la que puede el hombre emanciparse de la miseria material y de los prejuicios que constituyen la miseria moral.

En la última conferencia que expliqué en Bilbao sobre el espíritu del régimen foral, que esta Sociedad de Estudios Vascos me ha dispensado el honor de publicarla, estudié con alguna extensión diversos fueros, costumbres, episodios y leyendas que ponen de relieve el amor constante de nuestro pueblo al trabajo, y ello me dispensa de insistir ahora sobre esos hechos. Pero si he de recordar que el amor al trabajo es un elemento tan característico de nuestro país, que sólo por ello se explica esa hermosa constitución tradicional nuestra, que no admite la división de los oficios establecida en el resto del mundo, en oficios viles y nobles, que acepta la nobleza de sus habitantes cualquiera que sea el oficio a que se dediquen, que se gobierna con asambleas que sólo tienen un brazo, el de la representación popular, que condena con la pena de expulsión del territorio a todo hombre que no tenga profesión conocida, y que proclama que el trabajo es la principal fuente de la propiedad.

Como consecuencia de este alto prestigio del trabajo y de la igualdad política que reinaba en él se distinguió siempre el pueblo vasco por lo extendida que en él estuvo la instrucción popular.

Cuando Sancho Panza preguntó en la ínsula Barataria quién era su secretario, uno de los que estaban presentes respondió:—«Yo, señor, porque sé leer y escribir y soy vizcaíno. —Con esa añadidura —dijo Sancho—bien podéis ser secretario del mismo Emperador».

Pero en la época presente, la enseñanza popular se halla en nuestro país en un estado

(I) *Encuesta* publicada en *Le Temps* durante los meses de Julio y Agosto de 1919 sobre la decadencia de la investigación científica.

de lamentable atraso, en una situación de visible inferioridad cuando se examinan las instituciones de enseñanza de cualquiera de las regiones industriales de Inglaterra, Alemania, Francia y Norte-América.

En el Congreso de estudios municipales celebrado el pasado año en San Sebastián, se puso de manifiesto este hecho, al discutirse el interesante informe del señor don Ricardo Bastida.

Tenemos escuelas de Artes y Oficios, en las que hay un profesorado que trabaja con gran entusiasmo. Pero resultan ya inadecuadas a las necesidades industriales que requieren actualmente una enseñanza organizada en otra forma.

Sin negar los servicios que dichas escuelas prestan, hay que reconocer que la vida industrial presente exige escuelas especiales de aprendizaje para cada uno de los oficios; escuelas de perfeccionamiento profesional, para que los obreros expertos puedan convertirse en directores de fábricas; enseñanza complementaria profesional para los obreros adultos, que por no haber estudiado en las escuelas de aprendizaje sólo tienen conceptos rutinarios de su profesión; y una extensión universitaria que tienda no sólo a prestar al alumno la cultura necesaria para que desempeñe debidamente las funciones públicas que en la organización política actual le corresponden, sino también a robustecer esas condiciones físicas y morales, necesarias para el trabajo manual, y entre ellas la voluntad tenaz, el espíritu de decisión y ejecución y el valor para sobrellevar la fatiga muscular y resolver los problemas arduos que en forma inesperada se presentan muchas veces en la vida industrial.

Para completar estas manifestaciones y ver de una manera gráfica el estado de nuestra enseñanza obrera, voy a citar tres instituciones; una municipal, la Universidad industrial de Munich, que tiene sesenta escuelas para la enseñanza de otras tantas profesiones; otra regional, la Universidad del Trabajo de Charleroi, que cuenta con enseñanzas adaptadas a cada uno de los trabajos de la región y a cada uno de los grados que pueden ocuparse en cada fábrica, y con instituciones de cultura general destinadas a desenvolver el espíritu general del obrero; y, por último, una institución universitaria, la extensión universitaria organizada por las universidades inglesas, cuyos profesores, convertidos en verdaderos misioneros de la cultura, se trasladan a las principales regiones obreras a dar cursos sobre las más diversas materias científicas y artísticas.

Faltaría nuestro País al principal deber de todo pueblo y al espíritu de su tradición democrática si no se preocupara inmediatamente de este problema de la enseñanza obrera, porque el primer derecho que todo pueblo civilizado debe reconocer al hombre es, según frase exacta del secretario del Patronato Central de Obreros e Ingenieros, señor Madariaga, «a que se le presten los elementos de cultura necesarios para que se pueda desarrollar la capacidad latente en cada individuo hasta su máxima posibilidad y se ponga así en condiciones de manifestarse ante la colectividad con su máximo valor. (1)

«El crecimiento del valor personal y de la capacidad ejecutiva de todo individuo—escribe Mr. Omer Buyse, Rector de la Universidad del Trabajo de Charleroi—es una necesidad de nuestra época. Cualquiera que sea el régimen social bajo el cual viva, un hombre que cumple en una hora un trabajo determinado vale socialmente el doble de aquel que no llega a cumplir ese mismo trabajo en dos horas, siendo iguales las condiciones de cualidad, cantidad y gasto de energía» (2).

Pero además, aún prescindiendo de ese deber de moral social que cada pueblo tiene de prestar a sus individuos la cultura necesaria para que se desenvuelva su capacidad en su máxima potencialidad, la vida industrial presente sólo puede desarrollarse cuando se apoya sobre la cultura de los directores y de los operarios.

Momentáneamente la situación privilegiada en que se encuentra nuestra industria a

(1) C. Madariaga. *Notas sobre la Educación del Obrero Adulto.*

(2) Omer Buyse. *Une Université du Travail.*

causa de la guerra europea, hace que no sean sensibles los efectos funestos del abandono en que se encuentra la enseñanza obrera. Pero la normalidad volverá al mundo y entonces, como antes, sólo triunfarán los pueblos cuyos ejércitos industriales tengan directores de gran perspicacia e inventiva, y reclutas, es decir, operarios preparados para comprender y secundar sus órdenes.

«Ha pasado el tiempo—escribe Mr. Astier en su obra fundamental sobre la Enseñanza técnica—en que los mercados interiores eran, si no las únicas, por lo menos las principales salidas para la producción nacional; aún protegidos por las barreras interiores, hoy pueden ser invadidos fácilmente por las mercancías extranjeras; y cuando los derechos arancelarios toman carácter prohibitivo, la industria extraña salva la dificultad viniendo a implantarse en el mercado que se intenta conquistar.»

«El comercio, secundado por los medios de transporte y por las comunicaciones rápidas, aguijoneado por la difusión de las necesidades, por la entrada en la civilización de nuevos continentes, provoca estas transformaciones, esta fiebre de negocios.»

«De cualquier lado que miremos se levantan manifestaciones de una lucha incesante para la conquista de nuevos mercados. Y en esta vasta acción, la victoria corresponder a los mejor preparados, más advertidos, más instruidos» (1).

Hay, sin embargo, escritores con tal fe en el progreso futuro de las máquinas que desdennan la enseñanza técnica por pensar que en un porvenir próximo todo el trabajo industrial podrán hacerlo máquinas, cuya dirección se aprenderá rápidamente. La mejor respuesta a esas ilusiones nos la dan los Estados Unidos que son el país más adelantado en maquinaria industrial y el que más se preocupa también de la enseñanza profesional.

Por grande que sea el progreso que alcance la maquinaria industrial, siempre serán muchos los trabajos de cierta índole artística en que la mano de obra sea el elemento principal. Además, para que una máquina se maneje debidamente, se requiere que el operario domine a la máquina y no que sea dominado por ella, por lo que es necesario una cultura técnica especial para servirse aún de los aparatos de aplicación más sencilla.

«La máquina, escribe Mr. F. Dubief, exige y reclama cuidados cuya práctica no puede improvisarse. Un instrumento producirá tanto más y tanto mejor, cuanto más observador, más inteligente, más apto para cogerlo y más capaz de adaptarlo a las mil necesidades en que no se pensó al construirlo, sea el hombre en cuyas manos esté. Cuanto más ingeniosa, precisa y compleja sea una máquina, tanto más conveniente será confiarla a manos expertas. Para ser capaz de reparar los instrumentos que deben equipar su máquina, un obrero debe saber burilar, cementar, templar, etc. Para asegurar de un modo definitivo el control de las piezas, para llegar a su perfecto, inter-cambio, para armarlas, operaciones cada vez más complejas, el obrero tiene necesidad al mismo tiempo de una gran habilidad manual y de conocimientos teóricos bastante precisos» (2).

Una triste experiencia, por desgracia bastante frecuente, de máquinas inutilizadas por la ignorancia de los obreros, ha demostrado en nuestro país la exactitud de las palabras del ilustre Ministro de Comercio de Francia que acabo de citar.

Es, pues, de toda urgencia por los deberes que los pueblos tienen con sus individuos, y por las necesidades de nuestra vida industrial, implantar en esta tierra en los términos indicados la enseñanza técnica, industrial y comercial, y la extensión universitaria. Hoy esa obra sólo puede llevarse a cabo a la sombra de una Universidad.

Los recelos mutuos que separan a los patronos y los obreros, que son causa de que los obreros reciban con desconfianza las iniciativas de los patronos, y éstos las de aquéllos, exigen que la obra sea patrocinada y efectuada por una institución que, elevándose por encima de las luchas sociales, pueda hacer ver a unos y otros sus intereses comunes, pe-

(1) P. Astier, *L'enseignement technique, industriel et commercial en France et à l'étranger*.

(2) F. Dubief. *L'apprentissage et l'enseignement technique*.

dir a los patronos la ayuda material y moral para dicha obra, y a los obreros la confianza en la utilidad que ha de reportarles, y consiguientemente su colaboración como alumnos o como maestros. Y además, sólo en una Universidad se pueden reunir los elementos necesarios para dirigir y realizar una empresa tan vasta y compleja.

Organizada la enseñanza obrera en todo el país; adaptada, como es natural, a las condiciones de cada pueblo y de cada industria, la Universidad completaría su obra de unión con el movimiento económico, colocando a los trabajadores en condiciones de poder aplicar los descubrimientos que en sus laboratorios de investigaciones industriales se realizarán.

VI

La Universidad, institución de paz

Y por último, señores, queremos la Universidad para que sea una institución de concordia que se eleve sobre las luchas políticas y sociales candentes que dividen a los vascos. La Universidad que tratamos de fundar ha de ser, por ello, muy distinta de la que han soñado los distintos partidos, porque no podrá ser aliada ni enemiga de ninguna agrupación política. Queremos la Universidad, no para dividir al pueblo, sino para exaltar el espíritu común a toda ella; no para provocar disputas sino, por el contrario, para moderar las contiendas y dominar las contradicciones con principios inspirados en el amor al país.

La lucha es señal de vida, dicen los partidos contendientes que quisieran que la Universidad fuese órgano de sus tendencias respectivas y que preferirían, probablemente, por ello, diversas Universidades, fundadas para combatirse mutuamente, a la Universidad serena inspirada en el amor a la verdad y en el amor al país, que es otra verdad tan fundamental como las que descubren las ciencias, que solicitamos en este Congreso. Y yo no he de negar que la lucha sea necesaria en la vida. Llego a más: creo que es conveniente, para la elevación del espíritu de un pueblo no ya la lucha noble, sino aún la pelea vil y baja, que, como decía Ríos Rosas, «está escrito y es necesario que la impiedad y la demencia disputen al hombre el patrimonio de las verdades fundamentales, para que el hombre, enamorándose de ellas con un amor doloroso, las defienda y las conquiste con su sudor y se las apropie entrañablemente como su sangre y su sustancia». Y este es el sentido humano de aquella frase del evangelio de San Mateo, *necesse est ut veniant scandala*; es necesario que vengan escándalos. «¡Bendita mil veces, escribe el señor Giner de los Ríos, la divina ley que del mal saca el bien y lo trae por la fuerza a servir y valer para encaminar la humanidad a su destino!» 2). ¿Dónde irá uno que no guerree?—decía el Padre Gracián; y D. Miguel de Unamuno ha escrito «Loque no es contradictorio dentro de sí, es muerto; no es la paz donde se encuentra la vida que es campaña sobre la tierra» (3).

Pero si el principio de la lucha es esencial en la vida humana, más fundamental aún es el de la solidaridad social, es decir, el de la cooperación mutua que tiene que establecerse entre los hombres para el sostenimiento de la sociedad. Los que no quieren reconocer esto incurren en el mismo error capital que el darwinismo, al no ver en la evolución de las especies otra fuerza que la guerra por la existencia, es decir, el elemento disgregador. Si este elemento hubiese podido imperar en la historia, sólo, hace largo tiempo que la humanidad habría desaparecido de la tierra; afortunadamente, hay en la vida un elemento

(1) Ríos y Rosas. *Discursos citados*.

(2) F. Giner de los Ríos. *La Universidad*.

(3) Migel de Unamuno. *Consideraciones sobre el pesimismo de Leopardi*, artículo de Prensa.

integrador, al que los naturalistas llaman simbiosis, acuerdo o alianza para la vida, que tiene como equivalente en la historia social al de la solidaridad humana. El principio de la lucha por la existencia se halla así compensado por el de la simbiosis, y el fenómeno social de la guerra por el de la cooperación humana; y del mismo modo que en la naturaleza se tiende a establecer un orden que permita el desenvolvimiento mutuo de todas las especies, así en la vida moral la fuerza armonizadora del derecho tiende a dominar las aspiraciones contradictorias de los individuos, de los partidos y de los pueblos.

¿Qué sería de la civilización, qué sería de la vida de cualquier pueblo, si la inteligencia humana no buscara principios sintéticos que fundan en una unidad superior las ideas opuestas, y sirvan de base a la cooperación mutua de los elementos contendientes?

Es, pues, necesario siempre, y mucho más en la época presente en que las contiendas sociales y políticas alcanzan tal violencia, el establecimiento de órganos de *simbiosis* social que puedan predicar con eficacia la máxima evangélica, «la paz sea con vosotros.» Y esa alta misión sólo puede cumplirla en nuestra tierra la Universidad que tratamos de fundar. ¡Cuántas veces echamos de menos la existencia de una entidad intelectual, neutral en materia política, es decir, no afiliada a ningún partido, que con la autoridad que le diera su independencia pudiera hacer oír su voz serena en todas partes!

Aspiremos, pues, a que en la futura Universidad se estudien todas las cuestiones que dividan al pueblo vasco y todos los problemas que lo agiten, pero no con ánimo de encender pasiones y de sembrar discordias, sino con el fin de serenar el ambiente y buscar la solidaridad de los elementos contendientes, en aras del bienestar general del país.

VII

Organización de la Universidad

Para que la Universidad pueda cumplir los altos fines que le asignamos, es necesario que esté en tan íntima relación con toda la vida del pueblo, que pueda recoger inmediatamente todos sus anhelos espirituales y pueda al mismo tiempo llevar a todas partes la luz de sus nobles ideales. No debe ser, pues, la Universidad vasca un centro burócrata y centralista, como las Universidades de tipo napoleónico, entre las que se hallan las actuales Universidades españolas. Antes al contrario, la Universidad debe extender sus ramas por todo el país, estableciendo Facultades, laboratorios e institutos de investigación allí donde encuentre ambiente apropiado para ello, y concediendo al mismo tiempo carácter universitario a todas las instituciones públicas y privadas que ofrezcan garantías serias del valor científico de sus trabajos.

No debemos por ello, ni podemos determinar de antemano las enseñanzas que abrace la Universidad, ni las materias a que deba referirse cada enseñanza. Podrá tener las mismas Facultades que las actuales Universidades españolas; podrá tener mayor número de Facultades; podrá tener Facultades repetidas en diversas poblaciones; podrá tener los más diversos institutos de investigación científica, según lo que reclamen las necesidades del país. Y es lógico, dados estos principios, que estos centros científicos, como decía mi querido compañero el señor Eguren, deben estar esparcidos por todo el país, en los diversos núcleos fabriles y en las distintas provincias, aunque conservando todos ellos esa interdependencia necesaria para que constituyan una comunidad cultural y para que en el fondo de todos ellos lata la misma fuerza espiritual.

La Universidad vasca, de ese modo, será más que un centro universitario una federación de centros universitarios, una serie de instituciones culturales con la autonomía necesaria para que cada una de ellas tenga su sello original y con la coordinación indispensable para que todas ellas respondan a un principio de unidad.

Este sistema de organización, que a muchos les ha parecido una innovación peligrosa, es el mismo establecido en algunas de las principales Universidades inglesas y americanas, y muy especialmente en la Universidad Victoria y en la Universidad de Londres.

La Universidad Victoria, creada el año 1880, tenía sus centros de enseñanza y sus colegios universitarios en cuatro poblaciones distintas, Manchester, Leeds, Liverpool y Sheffield. El año 1903, a causa del desenvolvimiento intelectual alcanzado por cada uno de esos centros universitarios, se disolvió la Universidad, constituyéndose cuatro Universidades diferentes. Pero actualmente, respondiendo al movimiento regionalista desarrollado en el Norte de Inglaterra, que ha alcanzado su expresión material en las redes de ferro-carriles y tranvías, en las instituciones de crédito y hasta en la extensión de las poblaciones que casi se tocan unas a otras, han vuelto a federarse de hecho las citadas Universidades.

La Universidad de Londres tiene una concepción federativa tan amplia, que según escribe el señor Castillejo, «cualquier establecimiento de educación o de investigación científica, que no sea una empresa o un fin de lucro privado, puede aspirar a ser incorporado a ella, ya enteramente, ya en parte (v. gr. una de sus secciones de estudios). Los establecimientos agrupados así como elementos integrantes de la Universidad se llaman en Londres «escuelas de la Universidad».

«Aplicando esa concepción amplia universitaria en una masa tan enorme de población como la acumulada dentro del Condado de Londres, se ha llegado a constituir la Universidad como un conglomerado de numerosas instituciones y cátedras aisladas, esparcidas en una área de muchos kilómetros cuadrados y pertenecientes a las especialidades más variadas» (I).

Las universidades citadas, como las demás universidades inglesas y americanas se gobiernan, y así anhelamos que se gobierne la nuestra, autonómicamente, mediante asambleas y comités elegidos libremente por las diversas escuelas universitarias, o por la colectividad de los graduados y los estudiantes de la Universidad.

Todos los congresistas que han hablado sobre enseñanza superior, y muy especialmente mi ilustre maestro el señor Miral, han expresado sus temores de que ni el Gobierno actual, ni ninguno de sus próximos sucesores, autorizará el establecimiento de la Universidad vasca. Y yo declaro sinceramente que no comparto esos temores, porque no me explico que pueda despertar ningún recelo una institución solicitada por personas de las procedencias políticas más diversas, y patrocinada por este Congreso, en cuyas puertas hemos dejado todas las diferencias que nos separan para laborar conjuntamente en una obra de paz y armonía.

La Universidad vasca la pide el país entero como un elemento indispensable para el mantenimiento y desarrollo de la cultura que ha alcanzado; y *nadie tiene derecho a detener el movimiento espiritual de un pueblo*.

Por eso no es de pensar que se cometa la insensatez de atentar contra la vida moral de este país, negándole el derecho a establecer los órganos necesarios para su normal desenvolvimiento. Y aunque así ocurriera no debemos desesperar, que no tendremos que vivir muchos años para contemplar nuestra Universidad, porque no es posible que una arbitrariedad tan grande como la que representaría la obstinación en impedir el establecimiento de dicha obra resistiera largo tiempo al empuje de un pueblo serio y vigoroso, impulsado por los más altos ideales.

(I) J. Castillejo. *La educación en Inglaterra*.

VIII

La Leyenda del Monasterio de Leire

Mientras llega ese día, tiene esta Sociedad de Estudios Vascos el deber de mantener vivo el fuego sentimental de la raza y de sostener las campañas iniciadas en los dos Congresos para la defensa del espíritu vasco, alma de la futura Universidad.

No hace muchos días, un distinguido escritor, hijo también de este país, se burlaba del proyecto de establecer una Universidad vasca e intentaba demostrar la incompatibilidad de nuestro espíritu tradicional con toda cultura y aún con todo idealismo, fundándose en el hecho de que el desenvolvimiento intelectual y económico de este pueblo ha coincidido con la abolición de los fueros y con la anulación consiguiente de los principios que les daban vida.

Por mucho que las abonen las apariencias de los hechos, ¡qué injusticia y qué blasfemia encierran esas apreciaciones!

No ha leído, seguramente, el aludido escritor aquel ensayo, tan lleno de observaciones finas, que el ilustre historiador inglés lord Macaulay, dedica al hecho análogo de que coincidiera también en el resto de España el período de su mayor florecimiento con la destrucción de sus libertades seculares.

Permitidme que os lea unas palabras de ese ensayo, porque no cabe respuesta más adecuada que ellas a los juicios que comento:

«El valor, la inteligencia y la energía que hicieron de los españoles la primera nación del mundo a fines del siglo XV y principios del siguiente, eran el producto de las antiguas y veneradas instituciones de los reinos de Castilla y Aragón, inspiradas en los más altos principios de libertad. Pero los primeros príncipes de la casa de Austria pugnaron contra ellas, destruyéndolas casi por completo, falta que luego expiaron los nietos. Porque ocurre que cuando un mal gobierno sucede a otro bueno los resultados del cambio tardan algún tiempo en percibirse, ya que los talentos y virtudes que engendra una buena constitución pueden sobrevivirla; más cuando pasan algunas generaciones acontece necesariamente lo que dice Montesquieu, y es que «los gobiernos despóticos se parecen a esos salvajes que cortan el árbol para coger los frutos».

«En los primeros años de gobierno arbitrario se llenan las trojes con lo sembrado en los últimos de libertad, y así se ha visto brillar en la historia con gran esplendor el reinado de príncipes que fundaron la monarquía absoluta sobre las ruinas de instituciones nacionales. En el siglo de Augusto se notaba aún la influencia de los hombres educados en la época de Cicerón y de César; pero la posteridad debía gozar de la decadencia, que fué el fruto de la política de Augusto, Felipe II era el heredero de las Cortes medievales, y del Justicia de Aragón, que le dejaron un pueblo capaz de conquistar el mundo, y ya sabemos lo que dejó Felipe a sus descendientes» (1).

Lo mismo que ocurrió en el resto de España está pasando en el País Vasco. Las virtudes alcanzadas por este pueblo a la sombra de sus libertades seculares, han sobrevivido a la desaparición de éstas, pues es natural que los efectos de un régimen que ha imperado en un país durante siglos enteros y que ha sido suprimido de un modo violento contra la voluntad de sus habitantes, no se anulen rápidamente. Por ello el florecimiento de nuestro país se debe al influjo de las virtudes por él alcanzadas a la sombra de su régimen demo-

(1) Lord Macaulay.— *La Guerra de Sucesión*.

crático tradicional, aplicadas a circunstancias económicas dependientes de la situación general del mundo, y extrañas a la organización política de un Estado.

Buena prueba de ello es la diferencia de los efectos producidos por las mismas causas económicas en las diversas comarcas de España.

Pero podemos estar seguros de que el florecimiento de nuestro país pasará, que su espíritu se debilitará, que esta tierra sufrirá la misma decadencia que padecen las demás provincias españolas, si no logramos restablecer los principios de libertad que animan toda su historia.

¿Hay quien dude de que, desgraciadamente, se sienten ya los efectos de la destrucción de nuestras libertades en el carácter del pueblo?

¿Tendré necesidad de establecer una comparación entre la sobriedad, sencillez, desinterés, dignidad, altivez y arrojo que brillaron en nuestros antepasados, con el egoísmo materialista, el apoltronamiento, el alcoholismo, la vanidad frívola y la cobardía que tales estragos están haciendo en las clases que por ser las más acomodadas debían dar mejor ejemplo en nuestra sociedad?

Las águilas de nuestras montañas, cuando se oscurece el cielo con negras nubes de tempestad, lejos de acobardarse y esconderse en las quiebras de las peñas en que anidan, se lanzan al espacio con vuelo majestuoso y, atravesando el nublado, se remontan a las regiones más elevadas para contemplar la luz serena del sol. Así también en nuestra época foral, siempre que los extravíos de algún tirano o de algún Estado imperialista han ennegrecido la vida de la humanidad estableciendo instituciones de servidumbre, el pueblo vasco, lejos de asustarse y resignarse humillado ante el poder del despotismo, ha protestado desde las montañas que le servían de abrigo, dispuesto a luchar para poder contemplar siempre la luz pura del sol de la justicia y de la libertad.

No he de negar yo que en la historia de nuestro país ha habido horas de poca luz. ¿Qué pueblo, por noble que sea su espíritu, no ha tenido en su vida algunos momentos sombríos? Pero aún los períodos más tristes de nuestra historia irradian un noble idealismo. Las mismas guerras civiles, cuyos episodios se han esgrimido muchas veces para humillar a nuestro país, son una demostración elocuente de esa afirmación; porque se podrá decir de los ejércitos carlistas y liberales que eran más o menos exaltados, más o menos fanáticos, pero nadie puede decir que ni los liberales ni los carlistas pelearon por vil codicia o por bajo interés. Todos reconocen que unos y otros lucharon porque creían de buena fe que las ideas que respectivamente encarnaban habían de salvar al país, y debían, por lo tanto, sacrificar su vida en aras de ellas, mostrándose así en ese idealismo común, en ese desinterés que por igual animaba a ambos bandos, que aquellos auxiliares liberales y aquellos batallones carlistas que se perseguían con saña fiera eran, sin embargo, hermanos, eran ramas del mismo tronco sentimental, tenían el mismo fondo de nobles impulsos.

Los vascos de la época actual tenemos mucho que aprender de las águilas de nuestras montañas, tenemos mucho que recordar de las virtudes de nuestros antepasados, tenemos que variar mucho nuestra conducta presente, si no queremos que los reptiles devoren los huevos de las águilas.

Porque, ¿cabe mayor prueba de la debilitación del espíritu del país, que la forma en que se ha enseñoreado de todo él la corrupción electoral, la frecuencia con que se atenta contra la independencia de los hombres dignos por causas políticas o sociales, los ataques cometidos contra las libertades individuales con motivo de cualquier conflicto obrero o de cualquier lucha electoral, el materialismo con su predisposición a las claudicaciones y cobardías que va extendiéndose por todas partes, la disminución del coeficiente de natalidad en nuestras principales poblaciones los extravíos cada día más sensibles de una buena parte de nuestra juventud más distinguida, y sobre todo, la creciente indiferencia con que el pueblo presencia todos estos hechos?

Esperemos que al calor de la Universidad renazca el verdadero espíritu del país, se eduque a la juventud en las virtudes tradicionales de la raza y vengan generaciones capaces de elevar su vuelo a las regiones del Ideal, en las que, usando el lenguaje hoy en boga, no hacen mal negocio los que a ellas llegan. Precisamente, en esa encantadora guía artística de Navarra, con que acabamos de ser obsequiados los congresistas, por el galante Comité de Pamplona, se relata una bellísima leyenda del Monasterio de Leire, que ha merecido los honores de un comentario de William James, que demuestra lo que digo, expresándonos que hay más rosas de las que el vulgo materializado ve entre las espinas del camino del deber. Todos conoceis, seguramente, la leyenda.

Un monje del Monasterio de Leire, llamado Virila, allá por los primeros siglos del cristianismo, fué una mañana a pasear al bosque vecino. Oyó el canto de un pájaro y se paró unos momentos a escucharlo. Y cuál sería su sorpresa, cuando al regresar al convento se encontró con que no conocía a ninguno de los monjes que allí estaban, y que tampoco ellos le conocían. Pero un monje muy anciano, encorvado por el peso de los años, fijándose en él atentamente, le dijo: ¿No sois vos aquel monje Virila a quien todos suponíamos en la gloria del Señor, porque salió una mañana, hace muchos años, a dar un paseo por el bosque y no volvió más, sin que quedara rastro alguno de su existencia? Y era, en efecto, el propio monje Virila, pues por virtud mágica del canto del pájaro, lo que para él fueron breves instantes, fueron para los demás mortales largas y pesadas horas (1).

Ese pájaro mágico no vino a este mundo sólo para cantar en el bosque de Leire y para que su canto fuese escuchado por el abad Virila. Ese pájaro vive eternamente en el mundo y canta en todas partes, pero su canto sólo pueden oírlo aquellas personas capaces de elevar su espíritu sobre las miserias y materialismos terrestres para amar un Ideal y consagrar la vida a su defensa. Y ese es el secreto de la felicidad de muchos hombres, modestos en recursos materiales, pero ricos en tesoros morales.

Nosotros queremos que en la futura Universidad escuche la juventud el canto mágico del pájaro de Leire y que, con el espíritu inspirado en los altos ideales que él canta, pueda mezclar en la vida las cosas eternas con el trabajo material, terrenal; logre apoyar la prosperidad económica del país sobre las virtudes que forman el tesoro de la tradición vasca; consiga la instauración de las libertades tradicionales, único cuerpo en que pueda encarnarse la personalidad de nuestro país, y animada por esos altos sentimientos extienda su noble actividad por toda la península, y por el mundo entero, fiel al lema del bardo que con más ingenuidad expresó los sentires de la raza: «Todo por el honor del país vasco, por la gloria de España, por el bien de la humanidad».



(1) Arvizu y Etayo.— *Guía del Congresista*.